

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid.....	{	Un mes.....	8 rs.
		Tres.....	23 »
		Seis.....	44 »
En provincias..	{	Un año.....	82 »
		Un mes.....	10 »
		Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	{	Seis.....	52 »
		Un año.....	100 »
			8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Alfonso X el Sabio, por D. Julian Castellanos.—*La Caridad*, poesía, por D. M. Ortiz de Pinedo.—*Galería histórica*, III. *Juana Coello*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*Modas, correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del figurin*.—*Varietades*.
Pliego cuarto de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO X EL SABIO.

I.

Como yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemaña que foé,
Aquel que los Reyns besaban su pié,
é Reinas pedian limosna é mancebía.
(*Las Querellas*).

El jueves 30 de mayo de 1252 espiraba en Sevilla el noble rey D. Fernando II á los cincuenta y cuatro años, no cumplidos, de edad, á los treinta y seis

menos un mes de su reinado en Castilla, y á los veintidos de haber ceñido la corona de Leon.

Sus grandes virtudes y su escesaiva piedad le valieron el sobrenombre de *Santo*, siendo canonizado solemnemente en 1071 por el Papa Clemente X.

Con motivo de su muerte, fué jurado por sucesor á la corona su hijo el infante D. Alfonso, de edad de treinta y un años, recogiendo la rica herencia del vencedor de Sevilla, consistente en los dilatados territorios de Leon, Castilla, Galicia, Asturias, Murcia, y la mayor parte de Andalucía.

Grandes esperanzas hizo concebir á sus pueblos el nuevo monarca, quien, despues de haberse distinguido, siendo príncipe, guerreando en las fronteras, poseia un talento profundo y una erudicion vastísima.

Pero estas esperanzas fueron defraudadas, como veremos más adelante, y aquel monarca, cuya elevacion al trono fué saludada por todos con el mayor júbilo, llegó con el tiempo á enajenarse de tal manera el afecto de sus súbditos, que terminó sus dias pobre y abandonado hasta de algunos de sus propios hijos.

Pero no nos adelantemos tanto, y veamos cómo desde los primeros actos de su reinado se dejó ver en D. Alfonso la falta de tino, causa principal de sus desgracias futuras.

Al poco tiempo de su elevación al trono, con objeto de remediar la escasez de dinero que se sentía en Castilla, alteró el valor de la moneda, logrando con semejante modo de obrar encarecer las mercancías hasta tal punto, que le fué preciso, para salvar la crisis, acudir al ineficaz y absurdo medio de la *tasa*, haciendo de esta manera que los vendedores se abstuviesen de venir á los mercados, y que el hambre y la escasez pusiesen á *todas las gentes en gran afincamiento*.

Ante este resultado terrible, preciso le fué á don Alfonso revocar su última disposición, y esta medida, si bien fué en extremo provechosa, empezó á desautorizar al rey á los ojos de sus vasallos.

Después de esto, el cuidado del monarca fijóse en poner en práctica el pensamiento de su padre, de llevar la guerra á África, pero este proyecto no pudo por entonces realizarse, á causa de tener que reclamar con las armas en la mano al rey de Portugal las plazas del Algarbe; reclamación que dió por resultado el matrimonio de este monarca con doña Beatriz, hija bastarda del de Castilla, quedándose con tal motivo con las plazas que se reclamaban, á condición de asistir á D. Alfonso con cincuenta hombres de á caballo, cuando para ello le requiriese.

Una cosa parecida ocurrió con la Gascuña, país que, descontento del gobierno del rey de Inglaterra, Enrique III, deseaba someterse á D. Alfonso, quien después de acceder al deseo de los gascones, y mandarles gentes de Castilla para ayudarles á sacudir el yugo inglés, cuando casi todo el ducado le proclamaba su soberano, entabló tratos con el monarca enemigo, quien, por no perder tan ricos dominios, pidió al castellano la mano de su hermana Leonor para su hijo Eduardo, príncipe heredero de la corona.

Acedió D. Alfonso á lo que el de Inglaterra quería, sin cuidarse para nada de los sacrificios que por él hicieron los gascones, y al celebrarse aquel matrimonio en 1234, el castellano renunció en favor de su nuevo pariente los derechos que tenía á los Estados de Gascuña.

La muerte del rey Teobaldo I de Navarra, acaecida en el mismo año, á cuya corona se creía también con derecho D. Alfonso, vino á suspender de

nuevo la expedición á África, resucitada con calor desde el arreglo hecho con el portugués, y las reclamaciones hechas con este objeto estuvieron á punto de producir un grave conflicto sin la mediación de los obispos y ricos hombres de ambos reinos, que consiguieron ajustar paces, cuando en la misma frontera navarra las huestes de Castilla y Aragón se disponían á dejar al éxito de las armas la decisión de sus querellas.

II.

Después de terminado este incidente, D. Alfonso, volviendo contra los moros, recobró las plazas de Jerez, Arcos, Medina Sidonia y Lebrija, que conquistados por su padre habían sacudido el yugo de Castilla.

Igual suerte cupo á la plaza de Niebla, principal fortaleza de los almohades en el Algarve, y cuya importancia conocióse muy bien por la energía y vigor con que su guarnición la defendió, empleando para ello, según asegura Condé, hasta *tiros de trueno con fuego*; haciendo conocer esta noticia, que el citado historiador tomó de una crónica árabe, que la pólvora fué empleada por primera vez en esta ocasión, y no en el sitio puesto á Algeciras en 1342 por Alfonso XI, como asegura Mariana.

Pero la alegría de estas victorias y la que recibiera también el monarca con el nacimiento de su primer hijo varón D. Fernando, llamado de la Cerda por un largo cabello que tenía en el pecho, fué amargada por la abierta rebelión en que se declararon algunos de los principales señores del reino, siendo estas las primeras sacudidas del volcán en que debía de ser envuelta Castilla en lo futuro.

A este disgusto unieronse también, aumentándose hasta el exceso, los resultados negativos que tuvieron, tanto las pretensiones al ducado de Suabia, cuanto los derechos alegados por D. Alfonso al trono imperial de Alemania, cuyo negocio, empezado en 1236, terminó por la elección de Rodolfo de Habsburgo, en setiembre de 1273, después de costar al castellano rios de oro y haberle hecho devorar multitud de desaires y afrentas.

Mientras D. Alfonso gastaba así el tiempo y el dinero en inútiles pretensiones, una trama urdida tan hábil como cautelosamente por su aliado el emir de Granada, estuvo á punto de arrancar de la corona de Castilla todos los ricos florones que con su vence-

dora espada consiguió engastar en ella el rey Santo.

Puesto de acuerdo el granadino con los moros de Murcia, Andalucía y el Algarbe, levantáronse á un tiempo en son de guerra, y los estandartes sediciosos ondearon en un mismo dia en Lorca, Murcia, Arcos, Mula y Lebrija.

Los cristianos, cogidos de improviso, fueron arrojados de multitud de plazas, cayendo Jaen y Murcia en poder de los sublevados, y salvándose Sevilla y Córdoba, acometidas tambien, merced al esfuerzo de sus defensores.

Sabedor D. Alfonso de estos sucesos, corrió al frente de sus tropas á castigar á los rebeldes, pero la fortuna le fué adversa, y junto á Alcalá la Real los cristianos fueron vencidos, quedando el emir de Granada por dueño del campo.

De grave trascendencia hubiera sido este triunfo de los infieles para la causa de la reconquista, si la discordia no levantara su cabeza entre los defensores del Corán de tal manera, que los walis de Málaga, Guadix y Comares, pasándose al lado de D. Alfonso, llevaron sus sangrientas algaradas hasta la misma vega granadina.

Con este motivo, y con la ayuda de D. Jaime de Aragon, el castellano pudo con más desahogo proseguir la campaña, y las plazas de Jerez, Sidonia, Sanlúcar, Rota, Arcos, Lebrija, Cádiz y Murcia, cayeron de nuevo en su poder, humillando de tal manera el orgullo de Alhamar, que se vió obligado á solicitar treguas.

Tan prósperos sucesos y la alegría del enlace del infante D. Fernando con doña Blanca, hija de San Luis, rey de Francia, fué turbada por la sedicion del conde D. Nuño Gomez de Lara, tomando por pretexto el perjuicio inferido á Castilla por el monarca con librar á Portugal del feudo y homenaje que rendia.

Muchos ricos hombres siguieron la voz del caballero rebelde, y reuniéndose en Lerma, villa del señorío de D. Nuño, acordaron el capitulo de cargos que habian de dirigir al rey.

En Murcia encontrábase D. Alfonso, cuando llegó á su noticia la nueva de la conspiracion, y en lugar de acudir con sus huestes á reprimirla, falto de vigor y de nervio, empezó á transigir con los rebeldes, creyendo cortar de esta manera la discordia; pero su buen deseo fué inútil, pues los nobles, no contentos con lo que les concedia, salieron una noche de Burgos, y despues de hacer talas y robos en Cas-

tilla, se acogieron al amparo del rey moro de Granada.

Muerto este monarca, su hijo y sucesor Mohamet II siguió honrando á los rebeldes castellanos acogidos en su corte, valiéndose de ellos para sus militares empresas.

En tanto que esto sucedia en Granada, D. Alfonso procuraba aliviar á sus pueblos de algunos tributos, sin desistir tampoco de atraer á reconciliacion á los descontentos ricos-hombres; pero estos obstinábanse tanto en cerrar los oidos á las proposiciones amistosas del rey, que el monarca, resuelto á conseguir por la fuerza lo que con la razon no podia, hizo un llamamiento general de tropas, y solicitando la ayuda de su suegro el de Aragon, se dispuso á marchar sobre la corte de Mohammed en son de guerra.

Sabedor el moro de los preparativos del cristiano, dispúsose á la resistencia, y una nueva série de combates hubiera tenido lugar, si por la mediacion de la reina y el infante D. Fernando no se hubiera entre los dos reyes renovado el pacto hecho años antes con el difunto emir en Alcalá la Real.

Terminado así este incidente, el rey árabe partió á su tierra; tornaron á Castilla los rebeldes caballeros, siendo satisfechos en todos sus pleitos y posturas, y D. Alfonso, en cuya mente bullia aun la idea de ceñirse la corona de Carlo-Magno, dispuso lo necesario para partir á Italia á reclamarla del Sumo Pontifice.

Durante su ausencia, el rey de los Beni-merines de África, Jacob-Abu-Jussuf, invitado por el de Granada, desembarcó en Tarifa el 12 de abril de 1275 con numerosa hueste, y dividiendo su ejército en tres cuerpos, dirigió uno hácia Sevilla, otro á Jaen y el tercero á talar la campiña de Cordoba, resuelto á restablecer en la península el poder de la Media Luna, tan amenguado ya por las victorias de los Alfonsos y de los Fernandos.

No se vió del todo engañado en sus deseos el monarca africano, pues en las cercanías de Córdoba, y en los campos de Jaen, la sangre cristiana corrió abundantemente en dos encuentros desgraciados, que costaron á Castilla el uno la vida del conde don Nuño de Lara, que defendia la frontera, y el otro la del infante D. Sancho, arzobispo de Toledo, muerto en la Torre del Campo, por su temerario arrojo.

Estos contratiempos, unidos á la muerte del principe D. Fernando de la Cerda, gobernador del reino á la sazón, hubieran causado gran daño á los estados de D. Alfonso, si su segundo hijo D. Sancho, dando

una prueba de la energía de carácter, que le valió despues el renombre de *Bravo*, no se hubiera colocado al frente de los negocios, logrando con sus acertadas medidas en la frontera, hacer replegarse á Jácub sobre Algeciras.

En este estado se encontraba Castilla cuando don Alfonso tornó de Italia, en donde el Sumo Pontífice le habia hecho devorar un desaire más.

Su primer cuidado fué hacer treguas con el rey de los Beni-Merines por el tiempo de dos años, en las que fué tambien comprendido el emir de Granada.

Terminado este asunto, el infante D. Sancho solicitó de su padre ser reconocido como sucesor y heredero del reino, título que él mismo tuvo buen cuidado de apropiarse en Villareal, cuando, tibio aun el cadáver de su hermano, corrió á empuñar las riendas del gobierno.

Vacilaba D. Alfonso en acceder á los deseos de su segundo hijo, existiendo como existian dos varones de D. Fernando su primogénito; y con deseo de acertar en cuestion tan grave, reunió consejo, en el cual fué declarado como legítimo sucesor D. Sancho, siendo reconocido y jurado por tal en Cortes celebradas al efecto en Segovia en 1276.

La nueva de este nombramiento disgustó tanto á la reina doña Violante, que tenia en su poder á los hijos del de la Cerda, que, sin que nadie pudiese apercibirse, huyó con ellos y con su madre doña Blanca á la corte de su hermano D. Pedro de Aragon.

Esta medida irritó de tal modo á D. Alfonso, que creyendo que el infante D. Fadrique y su suegro D. Simon Ruiz habian sido los instigadores, les dió muerte sin formacion de proceso, manchando de este modo su memoria con un acto tan arbitrario como cruel.

Sabedora Doña Blanca de este suceso, acudió á su hermano el rey de Francia, para que vengara la ofensa que se hacia á sus hijos, y sin la mediacion entonces del Pontífice Juan XXI y la de Nicolás III despues, las armas francesas hubieran penetrado en Castilla á sostener la causa de los de la Cerda.

III.

Convencido, pues, D. Alfonso de no ser molestado por el hermano de doña Blanca, preparóse á empezar de nuevo la lucha con los infieles, y al frente de un lucido ejército, apoyado por una arma-

da respetable, cayó sobre Algeciras, estrechándola por mar y tierra.

Pero la falta de comestibles que padecía el ejército por culpa de D. Sancho, que, con objeto de atraer se á la reina doña Violante, mandaba á Aragon el dinero que D. Alfonso reunia para su hueste, fué la causa del descuido con que se miraron las operaciones del sitio, descuido que supo aprovechar el africano, logrando, despues de echar á pique la mayor parte de los buques, y poner fuego al campamento, derrotar al ejército cristiano, cogiéndole todos sus bagajes.

Tan desgraciado éxito, ó parecido por lo menos, tuvieron otras dos expediciones que D. Sancho intentó sobre Granada, en donde despues de algunos sangrientos lances, en que las gentes de Mohammed llevaron la mejor parte, tornó á Castilla sin gloria y sin provecho.

En este estado hallábanse las cosas, cuando don Alfonso, ansiando vengar los reveses sufridos, reunió córtés en Sevilla á fin de hacerse con los recursos necesarios para una nueva expedicion á Granada.

Pero sus pueblos hallábanse asaz empobrecidos para poder pagar nuevos tributos, y el rey, sin cuidarse para nada de las lecciones de la esperiencia, volvió á recurrir de nuevo á la tristísima medida de alterar el valor de la moneda.

El disgusto que esto produjo, unido al rompimiento de D. Sancho, á causa de la obstinacion de su padre de querer dar el reino de Jaen al primogénito del de la Cerda, fueron los anuncios de la borrasca que estaba próxima á estallar sobre la frente de aquel rey, tan desgraciado en política, como notable en los demás ramos del saber humano.

Alzado, pues, por D. Sancho el estandarte de la insurreccion, los infantes D. Juan y D. Pedro, los maestros de Santiago y Calatrava, y todos los ricos-hombres y señores del reino, acudieron á agruparse bajo su sombra, de tal manera, que, unido esto á la amistad que el hijo rebelde pactó con los monarcas vecinos, se vió D. Alfonso solo y desamparado, sin más parciales que algunos caballeros de la casa de Lara y D. Fernan Perez Ponce.

En situacion tan angustiosa, encerróse el abandonado monarca en Sevilla, y en tanto que allí en un consejo desheredaba á su hijo lanzando la maldicion de Dios sobre su cabeza, este, reuniendo Cortés en Valladolid, arrancaba á su padre la autoridad real, deponiéndole del trono de San Fernando.

El desgraciado D. Alfonsoapuró desde esta época hasta su muerte, acaecida dos años después, la copa del dolor de tal manera, que llegó á verse reducido al extremo de mandar su corona al emperador de Marruecos, á fin de que le prestara algún dinero sobre ella.

Tantos disgustos trabajaron de un modo tal su naturaleza, que espiró en Sevilla el 24 de abril de 1284, á los sesenta y dos años de edad.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa María, cerca del rey D. Fernando, su padre.

Así terminó su existencia el décimo Alfonso de Castilla, príncipe cuya piedad se deja ver en la fundación de las Sillas de las catedrales de Murcia, Cartagena, Badajoz y Cádiz, y en otras muchas donaciones pías, el cual, si como político fué poco previsor, poco acertado, y como monarca débil é irresoluto, como legislador, astrónomo, filósofo, historiador, matemático y poeta, no tenemos palabras suficientes para ensalzarle.

Su Código de las Siete Partidas, su *Fuero Real de España*, su libro del *Tesoro* su *Crónica, general*, sus famosas *Tablas astronómicas*, sus *Cántigas* y sus *Querrelas*, son otras tantas obras con que la posteridad le formó la diadema más esplendente, más gloriosa que puede ceñir la frente del hombre, la diadema de la ciencia, apellidándole con justísima razón con el sobrenombre de *Sabio*.

D. Alfonso X, como dice muy bien Lafuente, fué *una gran lumbre que apareció en el horizonte español por cima de las densas nieblas del siglo XIII.*

JULIAN CASTELLANOS.

LA CARIDAD.

Bello, dulce sentimiento,
Esencia de nuestras almas;
Raudal de divina luz
Que brota de la lanzada
Con que sacrílega mano
De Dios el pecho traspassa;
Íris de paz que aparece
En las contiendas humanas;
Entre los hombres y el cielo
Aquella sublime escala
Que viera en sueños Jacob;
Eterna, perenne llama,

Porque en sí misma se enciende
Porque á sí misma se abrasa;
Amor entre los amores,
Entre las gracias, la gracia,
Virtud entre las virtudes
Es la caridad cristiana.

¿Quién resiste su poder?
¿Su fuerza á quién no avasalla?
¿Quién osa decir sus triunfos?
¿Quién réferir sus hazañas?

Mas fácil fuera contar
Sus arenas á las playas,
Á la noche sus estrellas,
Á la mar sus oleadas,
Sus rayos al sol y al hombre
Sus designios y mudanzas,
Mientras con sonora trompa
Pregona doquier la fama
Las victorias del guerrero,
Con sangre siempre alcanzadas;

Mientras en son de hechos grandes
Altiva la historia narra
Tantas ilustres miserias,
Tantas flaquezas humanas,
La caridad silenciosa
Su senda de espinas anda,
Y el bálsamo del consuelo
Humilde doquier derrama.

Ella con su ardiente fé
Los hospitales levanta;
Con cariñoso cuidado
Cura la asquerosa llaga
Del leproso, y al colérico
Cuando de él todos se apartan
Recibe tierna y endulza
Sus negras mortales ansias.

Para el niño que abandonan
El crimen ó la desgracia,
Para el decrepito anciano
Que el sustento ya no gana,
Ella la limosna pide
Con sus bellas manos blancas.

Al condenado que espera,
Con sus horas ya contadas,
Esa expiación que la ley
Venganza pública llama,
Ella le dá sus consuelos
Y al cadalso le acompaña.
Ella en medio del furor

De la sangrienta batalla
 Opone el sereno pecho
 Al cañon que muertes lanza.
 Busca afanosa al herido
 Sin preguntarle la causa
 Que defiende, y en sus brazos
 Con el mismo amor levanta
 Unos y otros combatientes,
 Que es su bandera mas alta
 Que las banderas del mundo
 Todas con sangre manchadas.

Salve, virtud poderosa,
 Desde la cruz proclamada
 Manifestacion perpetua
 De aquellas dulces palabras,
 Con que el Redentor del orbe,
 Á las enemigas razas
 Llamó del género humano
 Libres, iguales y hermanas.

Encendida en tus amores
 Por ti la orgullosa dama
 Deja el dorado aposento,
 Al hospital se traslada;
 Y la seda y los encajes
 Trueca por la burda saya
 De esa milicia piadosa
 Que el gran Vicente fundara.

Solo por ti la doncella
 Valor sintiera en el alma,
 Para surcar con espanto
 Del mar las revueltas aguas.
 Nuevos peligros y lauros
 Yendo á buscar hasta el Asia.

Intrépido misionero
 En la ardiente edad lozana
 En que el mundo y las pasiones
 En el corazon batallan,
 Por ti con abnegacion
 Hogar abandona y patria,
 Y á los mortíferos climas,
 Á regiones ignoradas,
 Á los confines del mundo,
 Á las arenas del África,
 Rueda arrojado y gozoso
 De la caridad en alas;
 Hambre, sed, dolor, miseria,
 Sufre con paciencia santa,
 Á las hordas mas salvajes
 Que el sol quema y el mar baña,

Les dirige valeroso
 Del Redentor la palabra;
 Predicando pasa el dia
 Predicando le halla el alba;
 Aquí le escucha una tribu,
 Allá con loca algazara
 Otra cruel le acomete
 Y el suplicio le prepara;
 Y entre tormentos horribles,
 Agonizando entre llamas,
 Espira, y al contemplar
 Á sus verdugos, esclama:
 „¡Perdon para ellos, Dios mio,
 Que los salve su ignorancia!“
 Salve, virtud de virtudes
 Que tales prodigios labras,
 Fresca rosa de Engadí
 Nacida siempre entre lágrimas,
 Antorcha de redencion
 En el Gólgota inflamada,
 Estrella de los dolores,
 De los afligidos áncora,
 Cadena que al poderoso
 Con los mendigos enlaza,
 Rico venero de amor
 Océano de la gracia.

Entre la tierra y el cielo
 Mediadora soberana,
 Libro de los *Siete Sellos*
 Donde el misterio se guarda,
 De juntar en una sola
 Toda la familia humana.

Antes la vista á mis ojos
 Falte y á mi lengua el habla,
 El movimiento á mis remos,
 El calor á mis entrañas,
 Y luz á mi entendimiento
 Que caridad á mi alma.

M. ORTIZ DE PINEDO.

GALERÍA HISTÓRICA.

III.

JUANA COELLO.

Existe un período en la historia de España, un reinado original y deslumbrante, donde al lado de una grandeza hallaremos siempre un misterio, for-

mando, digamoslo así, una continua contraposición de esplendor y terrores, de luz y de sombra.

Es el reinado de Felipe II.

Si arrojamos una mirada sobre esta época de nuestra historia, no podremos menos de admirar la prepotencia y brillo de la nación española, aquel sublime poder, que de triunfo en triunfo, y de grandeza en grandeza, cruza como un rayo victorioso sobre el mundo entero, y abarcando al parecer la tierra, eleva el nombre español á la altura misma del astro Rey.

Tal es la situación de la monarquía española, cuando el hijo de Carlos V, el austero y grande Felipe II se asentaba en aquel trono tan glorioso y tan respetado.

Sin embargo: si asustados por tanta majestad, nos concretamos á tender una mirada sobre el estado particular de la corte, si queremos, no ya admirar la influencia y poderío de Felipe en los campos de la política ó de batalla, é intentamos contemplar más de cerca la misteriosa figura del monarca, no podremos ménos de estrañar aquella diversidad de tintas que se nota entre la vida pública de la nación y la existencia particular de la monarquía.

Parece que España en el exterior se ha ceñido un ropaje de resplandores que deslumbran, en tanto que en el interior, en la vida íntima de su rey y de su corte se cubre con un velo denso y lúgubre que estremece.

De aquí aquella contraposición de grande y de terrible.

De aquí las victorias de Lepanto y de San Quintín, la humillación de las dos razas más poderosas y características, la oriental y la germana, junto á esa infinidad de glorias que constituyen la aureola exterior de la nación.

De aquí también las misteriosas muertes del príncipe D. Carlos y de Montigni, los nefandos autos de fé, y todo ese cúmulo de justicias horribles que vienen formando la oscura niebla con que al través de los siglos se rodea aun Felipe II, el más nacional de nuestros reyes, el más sabio de nuestros políticos, el más dramático personaje de nuestra historia.

No es ahora nuestro ánimo entrar con el escalpelo en el cuerpo de la historia: al través de todo ese tropel de políticos y de héroes, de víctimas y de verdugos, buscamos una figura diáfana, oscurecida ya, que no olvidada, y á la cual nunca podremos tributar toda la respetuosa admiración que se merece.

Nadie ignora que entre los sucesos dramáticos y

sangrientos que marcan la huella del *Rey Prudente*, ninguno alcanzó tanta popularidad y asombró más por las causas que de él nacieron que por su propia naturaleza, como el ruidoso proceso, la cruel persecución del malaventurado Antonio Perez, secretario de Estado, é íntimo consejero del rey Felipe.

Antonio Perez, natural de Monreal de Ariza (Aragón), é hijo de Gonzalo Perez, secretario de Carlos V, entró de muy joven al servicio de Felipe; y su talento, su gallardía y gentileza, le alcanzaron presto la confianza del soberano.

Lanzaremos una rápida ojeada sobre los pormenores de aquel suceso, destinado siempre á ser patrimonio de dramáticos y novelistas.

El monarca, enamorado de doña Ana de la Cerda, princesa de Éboli, y joven y hermosa viuda de su antiguo ministro Rui Gomez de Silva, comprendió, tal vez demasiado tarde, que su noble secretario el joven Antonio Perez, tenia no poco lugar en el corazón de su favorita.

Decidió perderlos, y con su acostumbrada política esperó.

La ocasión no se hizo aguardar: Felipe II, y con él todos ó muchos de los hombres pensadores de su época, veían en D. Juan de Austria, un peligro, tal vez ideal, contra la soberanía existente. El vencedor de las Alpujarras, el héroe de Lepanto, podía abrigar muy bien en su mente la seductura imagen de una corona, y el reino de los Países-Bajos, roca engañosa que ya habia hecho su víctima al infeliz príncipe D. Carlos, pudiera ser también el sueño de oro de aquel ilustre bastardo.

La corte se agitaba sordamente con estas dudas. Enviado por D. Juan de Austria, y en demanda de un auxilio, que podía pasar por sospechoso, llegó á Madrid D. Juan de Escobedo, su secretario.

Escobedo, leal servidor del infante su amo, y al propio tiempo de carácter intrigante, suspicaz y malicioso, debia ser antipático en sumo grado al rey Felipe; por otra parte, dueño también aquel de varios secretos entre Perez y la princesa de Éboli, se colocó ante éstos en demanda de apoyo, no como un pretendiente sumiso, sino como un político envaletonado.

Perez comprendió que Escobedo podía perderle, y determinó deshacerse de él. El monarca á su vez recibió con complacencia los consejos de su secretario, vió en el fin de Escobedo un medio para aniquilar dos enemigos, y la muerte de este quedó decretada.

Antonio Perez, autorizado por el rey, ya no pensó más que en el esterminio de su rival.

Escobedo, acechado por el secretario de Felipe, burló dos tentativas de envenenamiento, pero no pudo librarse de la feroz acometida de cinco rufianes, que en una noche tenebrosa, le cruzaron á escotadas en el callejon de la Almudena, cayendo sin vida al pié de la reja, que aun hoy existe, bajo el camarín de la Virgen, á un costado de la iglesia de Santa María.

Entonces comenzó á desplegarse todo aquel tenebroso misterio que tanto asombra en el referido suceso.

Antonio Perez y la princesa se vieron acusados, y el rey, sin demostrar sensacion, permitió, ya que tácitamente no ordenó la prision de ambos.

Doña Ana fué encerrada en el torreón de Pinto, y Antonio Perez, como cogido en el lazo de la política tenebrosa del monarca, se vió encarcelado y rigurosamente vigilado.

El antiguo secretario, tratado con más ó menos crueldad, no hallando en el rey sino una frialdad aterradora, llegó á convencerse de que estaba perdido.

Entonces es, cuando olvidado de todos, acusado por los mismos magnates que habian mendigado su amistad, calumniado y perseguido por sus tiranos jueces, vió alzarse á su lado un ángel de luz y consuelo, interesante figura, que viene á ser la única estrella que brilla para el pobre preso.

Esta figura, esta luz, este ángel es doña Juana Coello, ilustre dama, desventurada esposa del ya desdichado Antonio Perez.

De la noble familia madrileña de los Bozmedianos, doña Juana Coello, dechado de virtudes y hermosura, pasó á ser esposa del secretario de Estado.

El nombre de esta mujer sin igual parece oscurecido durante la privanza de su esposo; menester es que la desgracia estiende sus alas sobre Antonio Perez, para que Juana Coello brille con toda la esplendidez de su grandeza.

Tierna, conmovedora y santa es sin duda la conducta de aquella cariñosa mujer, que sin creerse aludida por los despegos de su marido, olvidando que la desgracia de Perez dimana de una infidelidad, dando ejemplo de una heroica resignacion y amor conyugal, riega con lágrimas las plantas de los jueces, vuela en busca del rey, que en Portugal se encontraba, y arrestada en el camino, entre Aldea Gallega y Lisboa,

da á luz un niño, más por la fuerza del disgusto que por el plazo de su preñez, aun no cumplido; y así, entre lágrimas y dolores, aquella pobre mártir disputa á los verdugos el cuidado de su esposo, y cuando este, favorecido por la fortuna, disfrazado con unos vestidos de doña Juana, burla á sus numerosos guardas y consigue evadirse de aquel encierro, y refugiarse en Aragon al abrigo de sus venerandas libertades, Juana Coello es arrancada de su casa, y en medio del dia, rompiendo por entre las procesiones de un Jueves Santo, aquella madre infeliz, con sus siete hijos, el mayor de once años, cercada de alguaciles y soldados, es conducida y sepultada en un oscuro calabozo de la cárcel de Córte, para templar en parte el enojo que en el rey causara la fuga del desventurado Antonio Perez.

Y aquel calabozo que recibia en su seno una familia entera, no de bandidos compuesta, sino de una esposa leal y de siete niños inocentes, aquel calabozo habia de retener su presa ¡oh iniquidad de las justicias humanas! nueve años cumplidos.

¡Nueve años de lágrimas, de súplicas y de miseria!

Aquella mujer, digna de un trono por sus virtudes y su ejemplar conducta, aquellos tiernos niños destinados por su nacimiento y educacion á elevada fortuna, vieron disminuir sus alimentos y tuvieron hambre; contemplaron rotos sus vestidos, y apiñados unos á otros en torno á su madre dolorida, procuraban entre sollozos atenuar los rigores del frio que reinaba en su húmeda y oscura cárcel.

En vano suplicaban, en vano pedian socorro y conmiseracion; el rey se disculpaba con los jueces, y los jueces cerraban sus oidos á la piedad.

Era una venganza nefanda.

Menester fué que Felipe II bajase á la tumba para que aquella familia respirase el aire de los vivos.

Ya libre doña Juana y sus hijos, uno de los cuales habia entrado infante en la prision y salia de ella con poblada barba de mancebo, toda su ansiedad era por alcanzar del nuevo soberano el perdón de su esposo; pero Felipe III no llevó tan allá su piedad, y Antonio Perez, libertado por los zaragozanos, proscrito y errante en Francia é Inglaterra, sucumbe en este último país, pobre, oscuro y alejado de su querida patria, de su desventurada familia.

Doña Juana Coello sobrevivió á su esposo, y viatiendo lutos que nunca habia de abandonar, rodea-

da de sus hijos, alcanzó á ver reivindicada la memoria de su esposo infeliz, y tuvo al menos la dicha de que se revocase la cruel sentencia fulminada años hacia por la Inquisición, y en la que se había condenado al mismo Perez á ser quemado en estatua en la plaza del Mercado de Zaragoza.

Después, buscando un abrigo en esta ciudad, leal defensora de Antonio Perez, y como si en ella evocase recuerdos de su perdido esposo, pasó doña Juana los días que le restaban de existencia sin apartarse de sus hijos, los cuales, separados de la corte, lejos de los empleos y elevados puestos, confundieron su descendencia con el pueblo, fundiéndose en alguna de las innumerables ramas de los Perez, apellido tan comun en España.

Juana Coello, la mujer mártir, vivirá eternamente en la memoria de los buenos; jamás el olvido podrá arrojar una sombra sobre su recuerdo; y siempre, donde quiera que se trate de aclamar un vivo ejemplo de cariñosa ternura, de amor conyugal, de heroicidad bíblica se invocará con respeto y admiración el nombre venerado de la mujer de Antonio Perez.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

LEYENDAS ARABES.

(Continuacion.)

Pero los más adoran el firmamento cuando el sol ostenta su hermoso brillo, y prefieren vivir errantes en el desierto á la esclavitud de las ciudades, y hasta compadecen á sus moradores, y huyen de ellos temiendo les sujeten á leyes y vestidos que les lastimen y les quiten las anchuras de aquel oasis delicioso.

Sobre todo, los que más han amado siempre esta libertad, han sido los habitantes de la *Feliz*, que es una parte de la Arabia tan deliciosa, que no bastaria pluma humana á describirla.

Es un suelo meridional donde el clima es tan suave, como los braserillos olorosos, donde quemán los árabes las esencias que inundan sus aposentos.

Cada montaña que subís es un delicioso panorama que temeria imitar con sus pinceles el delicado pintor de paisajes, no encontrando colores con que copiar sus bellezas.

Desde las deliciosas colinas, distinguís unos bosques donde todo es oscuridad; pues es tal el ramaje, que jamás han podido penetrar allí los rayos del sol, que, así como la luna, se han contentado con rielar sobre las copas, irritándose unas veces y otras llorando de ver aquella vegetacion gigante que no respetaba su poder, dejándoles introducirse para refrescar un rato en sus cavernas de verdura.

Pero, ¿qué hubiera sido del mundo si el ardiente Febo, en uno de sus terribles días de estío, hubiera podido introducirse en aquellas sinuosidades hechiceras? De seguro se hubiera dormido, no despertando jamás, por no salir de su encantadora gruta.

Allí los prados son tan estensos y tan cubiertos de musgo y silvestres florecillas, que nuestra vista se estiende á lo lejos, yendo á perderse entre derechos y elevados cañaverales, y entre infinidad de arbustos que dan las más especiales frutas y riquezas cuantiosas para el país.

A cada paso que dáis, veis un riachuelo, un arroyo, una vertiente caprichosa, que baja á visitar la florida vega, costeando sus sembrados, y culebreando despues entre las mismas plantas, va á perderse á lo lejos como lagartos que llevasen de plata enjaezado el lomo.

Los árabes, amantes de este suelo, como los granadinos de su ponderada ciudad, al hacer las descripciones de las bellezas que encierra, dicen con acento profético que los alrededores del Hiemen encierran todas las maravillas del mundo, y las bellezas de la bóveda estrellada.

«Si nos diesen por ella, añaden, todas las perlas que tienen en su fondo los mares, y todas las joyas de los Reyes, Césares y Emperadores que ha tenido el mundo, y nos dejasen penetrar en esa atmósfera donde los planetas son de oro, y pudiésemos descender trayéndonos el sinnúmero de estrellas con que le bordaron, no daríamos un palmo de terreno de nuestra *Feliz*, ni cederíamos un pedazo de tierra ó guijarro de sus montañas.»

Así como los poetas de Granada dicen que su rio, el Dauro, es de oro, así los árabes de esta privilegiada parte de su país, aseguran que su suelo es de las más riquisimas piedras, cual son la esmeralda, el brillante, el topacio, el rubí y la trasparente ágata, y afirman que los manantiales dan purísimas gotas de esencias que adormecen mas que el ópio, y hacen soñar en placeres ignorados.

En estos sueños prodigiosos, se divisan aves des-

conocidas, con plumas de tantos colores, que la China envidiaría para sus celebrados tapices.

Dicen que estas aves anidan en las más altas copas de aquellos gigantes árboles, y después se internan en los prolongados bosques, para lanzar desde allí sus trinos, sin que la saeta, ni el arpon, ni la bala del hombre les interrumpa en sus tranquilos goces.

Los hombres que pueden huir de las ciudades y fijarse en algún punto retirado de las comarcas del Hiemen, huyen como los indómitos caballos, y ¡ay de aquel que se atreva á refrenarlos!...

Pero todavía son más libres de voluntad y salvajes los que huyen á otros puntos en que la naturaleza no es tan pródiga, y por lo tanto es más austera la soledad.

La estensa península de la Arabia, dividida en tres, que son la *Desierta*, la *Petrea* y la *Feliz*, ofrecen ancho campo al geógrafo que quiera copiar maravillas y grandezas.

Rodeadas del Océano Índico, del Mar Rojo, Persia y Siria, estienden sus cien mil leguas con orgullo, y sacuden constantemente vendabales de arenisco para cegar sin duda á los que deseen acercarse y poseerla.

¡Desdichados de aquellos que se internan en sus páramos, y beben el aire sofocante y la abrasadora sed que allí se respira!

Olas, no de agua, sino de arena, vienen á dar en el rostro, y, al respirar, parece que se encuentra el aliento con el aliento de otro ser que tuviese una horrible calentura.

De allí se pueden tomar descripciones para lo más bello y lo más terrible á la vez.

De las tres Arabias, que constituyen luego una sola, se pudiera decir tanto, que no bastarian muchos volúmenes si se hubiese de pintar su suelo, sus costumbres, sus tradiciones y su historia.

Desde Moisés acá, se desarrolla una cadena de sucesos, románticos, interesantes ó terribles, que despiertan la avidez y el deseo de las almas elevadas.

Solo el recuerdo del Mar Rojo, con aquella urna sagrada que fluctuó en su superficie, despierta la poesía y acrecienta el númen de los vates privilegiados.

Por eso el coloso de la Francia dirigió allí su mirada altanera, y buscó el huracán de sus desiertos, y el polvo de sus colinas, y escribió *un deseo más*, entre los que arrullaron su existencia, y fué á es-

tampar sus hazañas en aquellos confines ponderados.

Siempre los poetas cantarán a este país, y desearán dormir una vez bajo aquellas vírgenes palmas, único refugio del cansado viajero, que por ver las grandezas que contiene, atraviesa los desiertos y lucha con la sed hasta llegar á la *Feliz*, donde cree ver un cielo que hubiesen colocado en la tierra, para convertir los infieles con su sin par hermosura.

Bien se pueden cruzar los interminables páramos de la *Desierta*, y encontrar en sus llanuras los restos de los infelices viajeros que perecieron de polvo y de sed, envueltos en un torbellino inevitable, donde fueron arrastrados por ver los alrededores del Hiemen, y decir con los orientales: «¡Dios sea loado, que nos dió oro, perlas, ámbar y aromas, en vez de tierra y guijarro, que nos cedió en la *Feliz* un gigantesco pedazo de paraíso!»

»Defendido sea por nosotros hasta verter la última gota de nuestra sangre.

IV.

¡Sharaca sufría! Sharaca quería morir: estaba sentada en unos cojines de raso azul con flores de terciopelo, y grandes borlones de oro, venían á descansar en la bordada alfombra.

Todo su traje era suntuoso y arrebatador, viniendo á aumentar al encanto, el suelto cabello de aquella singular belleza, que, asomando á través del velo de gasa, entretejido con plateadas hebras, parecía las alas de un ángel, que subiese alumbrado por los rayos del sol.

Su linda babucha, con dos flores de brocado sobre el pié, apenas dejaban ver este, que era diminuto, pero robusto y sedoso, como un acerico de blanco raso, hecho por una monja delicada y primorosa á la vez.

Aquel piececito, sin embargo, daba con impaciencia golpes en el suelo, mientras la orgullosa ágarena se mesaba los cabellos, sacando algunos entre sus blancos dedos, que enroscaba distraidamente, y arrojaba lejos de sí con enfado.

Á poca distancia de esta mujer, que parecía furiosa, jugaba un tierno niño con alegría infantil.

Era el tierno hermanito de Sharaca: el pequeño Malek que estaba gozoso porque volvía á ha-

bitar el hogar paterno, libre ya del austero recinto donde le había tenido el amigo de su padre durante el viaje de este y su hermana.

El niño era hermoso como la flor del granado, é inocente como una rosa blanca, que florece entre pudorosas violetas.

Rizados mechones de cabellos sombreaban sus transparentes sienas, y otros que caían sobre su graciosa frente, querían servir de velo á dos grandes ojazos con enroscadas pestañas, que, cuando se entreabrian, parecían dos puntillas de lindo encaje negro, rodeando botones de nácar con azabaches.

El inocente jugaba con unas blancas bolas de marfil que tiraba y recogía con mucha destreza.

Otras veces saltaba por en medio de un aro dorado, con cintas azules, pareciendo un querube con su ligera ropilla de colores vivos y brillantes.

Luego que se cansaba, y que sus mejillas parecían dos claveles rojos, y su pequeña boquita entreabierto el anhelante pico del pajarillo que pide alimento á su madre, venía á echarse á los piés de Sharaca como el perrillo jugueteo que busca los de su amo, despues que ha corrido y dado vueltas hasta venir sudoroso y jadeante.

Pero aquel dia no encontró el pobre niño la blanca mano que limpiase el sudor de su frente, y que arreglase sus dispersados cabellos, ni la boca perfumada y pura que se estampase en su frente, ni el regalado seno que le estrechase contra su corazón.

¡El ángel inocente había perdido á su madre!

¡Infeliz! ávido de cariño, había buscado otros brazos: los de su hermana Sharaca.

Muchas veces esta le había dormido y arrullado con ternura; porque esta mujer, altiva y soberbia, sentía en su corazón deseos de amar y de ser amada.

Pero aquel día vagaban sus ojos desencajados como los de una demente que va á pasar al acceso de furor, perdiendo la razón por entero, y el conocimiento á la vez.

(Se continuará).

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Decididamente nos invade la estación de los bailes, y debemos ocuparnos desde luego en confeccionar los trajes aéreos para sobresalir en ellos.

Por fortuna el borde de nuestra pluma brota las más encantadoras flores convertidas en gasas bordadas al pasado en seda plana; diríanse flores de oro y plata destacándose sobre un fondo de vapor, maravillosas combinaciones que permitirán á nuestras elegantes casadas abordar con más frecuencia los trajes ligeros, sin temor de descender á la sencillez de las solteras.

Citaremos los que hemos visto confeccionar en casa de la Sra. Bueno, (Carretas 39, pral. izquierda.)

Entre otros, uno bordado de margaritas con follaje verde, dispuesto el todo en anchos festones sujetos al cuerpo mediante una ligera rastra de follaje. El cuerpo va guarnecido en vesta con una guirnalda igual.

Otro es bordado con flores del campo agrupadas del mismo modo, y tanto este como el precedente, se completan con un prendido de flores iguales.

Mirad qué efecto, queridas lectoras, de bordado sobre tul blanco sembrando mariposas, colibris ó golondrinas ejecutadas en plumas y relieve. Os parecerá original, pero es verdaderamente poético y gracioso.

También hallaremos flechas de plata, largas como la mano, y colocadas en todas direcciones sobre fondo de tul blanco, fantasía lindísima que puede completarse con un tocado de flores, terciopelo y perlas.

Pero estos trajes, aunque sin adorno, no dejan de ser algo costosos, así es que combinaremos otros que nada dejen por desear.

Como traje severo, uno de crespon verde agua fruncido á lo largo en anchos bullones retenidos por una guirnalda de camelias violeta con follaje verde mediano. Una de las guirnaldas del delantero se lia por medio de un ligero follaje con el ramillete del cuerpo. En el bajo de la falda lleva un volante de quince centímetros semi-velado por los bullones descendentes. Cuerpo liso á puntas guarnecido en la altura con draperia de crespon, y las mangas se componen de un bullonado de crespon verde y otro blanco con una camelia violeta sobre cada hombro. Iguales flores en los cabellos formando mazorca en la cima de la cabeza y cola por detrás. El mismo traje reproducido sobre blanco con camelias rosa, es estremadamente seductor.

Otro es de tarlatana blanca con tres volantes de doce centímetros y encañonados sobre la falda, y á la cabeza de cada uno de ellos un grueso escarolado de tafetan rosa. El cuerpo liso es de talle redondo

con cintura-corselillo de tafetan rosa, terminando á puntas en la altura, y en el bajo en largos cabos redondos que descienden ensanchándose hasta cerca de los volantes, cercado todo ello de un ruche pasado de tafetan. Gruesas coles de tafetan recortado retienen las draperías del cuerpo por en medio y sobre los hombros. Las mangas se componen de dos volantitos en tarlatana. Adorno de rosas desplegadas y capullos.

El tercero es de tarlatana, guarnecido en el bajo de la falda con tres volantes iguales bordeados de rosa. Recubre esta falda otra de foulard rosa, terminando á la altura de los volantes en anchas ondulaciones guarnecidas de un grueso escarolado. Otro igual levanta esta falda sobre los lados. El cuerpo es liso con un pequeño peto por delante, y adornado con tres escarolados formando abanico. Draperías de tarlatana blanca entrando en lo alto del cuerpo van sujetas sobre los hombros con lazos de cinta rosa, completando este traje un prendido de cinta idem.

Terminemos con algunas descripciones de salir.

Uno, desde luego, de tafetan negro, recortado en el bajo de cada costura, de modo que deje ver en triángulo un interior de tafetan violeta, sobre el que se percibe un adorno de pasamanería con borlas. Los bordes negros van recortados en anchos festones. El cuerpo tiene pequeños faldones por detrás, y se abre por delante sobre un chaleco violeta. El bajo de las mangas lleva en medio un adorno igual al de la falda, así como el jockey.

Otro es de tafetan negro con un montante sobre cada costura, formado por dos terciopelos medianos colocados á poca distancia y reliados en la altura con otro igual dispuesto horizontalmente. En el interior de esta especie de punta hay un entredos de encaje guarnecido esteriormente con gafetes de terciopelo. La aldeta del cuerpo va bordeada también de terciopelo, y la depasan gafetes de idem. Los jockeys y los bajos de manga también, se hallan guarnecidos con un entredos de encaje.

Una palabra antes de finalizar nuestra revista.

Los cabellos á la griega, es decir, cayendo sobre el cuello, esta graciosa inspiración del antiguo estuario, dicen que ya á desaparecer para dar lugar á los cabellos levantados, según el gusto de los últimos años del Directorio y los primeros del Imperio.

Las elegantes del día, renunciando á decidir por sí mismas el estilo de su peinado, se hallan volunta-

riamente á merced de las modas que crean los artistas de la especialidad.

Daríamos un gran paso en retroceso sobre las vías del buen gusto, trocando nuestros artísticos y graciosos peinados por esa reminiscencia de una mala época de la elegancia romana en decadencia.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de *moiré*, adornado en medio de cada paño por un rico ramillete en aplicación de terciopelo, la falda está drapeada en todas las costuras bajo una lazada bordada y ribeteada de terciopelo. Enagua de alpaca con un pequeño volante ribeteado con un galon de cachemira. Entre cada pliegue del volante cae una gruesa bola de felpilla. Encima cintas de cachemira se cruzan sobre dos órdenes de terciopelo. Paletot Luis XV de terciopelo guarnecido de chinchilla y de botones cuadrados de acero. Sombrero de terciopelo; una blonda ancha forma el fondo; plumas en lo alto; cintas de raso.

Segunda figura. Vestido de raso negro, colocado en toda su altura, en medio por detrás y por delante, sobre otro de *moiré* color grosella, cuyo bajo está adornado de un volante plegado con pasamanería que le sirve de cabeza. La falda, de raso negra, está ribeteada con un grueso cordón de pasamanería, y además ricas aplicaciones colocadas de trecho en trecho. Cuerpo *habit* con largas aldetas, guarnecido de pasamanería, y encaje. Mangas justas. Chaleco, como el vestido interior. Sombrero de raso, el delantero forma tres bullones, el fondo cubierto en una redecilla de felpilla que termina en lazada. Cintas de raso.

Tercera figura. Niña de cuatro años. Vestido de terciopelo azul, ribeteado con cisne. Vesta rusa, sin mangas, guarnecida del mismo modo. Camiseta de foulard. Sombrero de fieltro adornado de terciopelo y de un ala de pájaro natural. Botas rusas.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N.º 13. Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

